

pero las bibliografías sí, y eso indica que ciertos progresos se están realizando.

La comunicación de David Sánchez Juliao, "Literatura y televisión en Colombia", deslinda la relación entre los dos medios anunciados en el título, generalmente considerados en oposición mutua. Lo que sobresale en el caso colombiano, sin embargo, son las exitosas adaptaciones de obras literarias —tales como *El bazar de los idiotas* (Álvarez Gardeazábal), *Pero sigo siendo el rey* (Sánchez Juliao) y *La mala hierba* (Gossaín)— a la pantalla chica. No son telenovelas propiamente sino una especie de género teleteatral que hasta el momento carece de nombre. Y aunque exaltan la región de donde son oriundos, su sintonización cuantiosa indica que logran aglutinar un sentimiento nacionalista.

Y, finalmente, Luis Fayad, en "Cultura popular urbana en la nueva literatura", glosa casos de apropiación literaria de artefactos de la industria cultural, verbigracia, los deportes, el cine, las tiras cómicas y la música popular. No limitándose a ejemplos colombianos, argumenta que estas representaciones registran un nuevo imaginario, con su propio lenguaje, modales y modos de percepción. Observa que el auge de estas formas facilita la articulación de identidades culturales alternativas, principalmente mediante la parodia y la carnavalización.

Los ensayos van seguidos de un apéndice que reúne información bibliográfica sobre algunos de los participantes en el simposio (únicamente los colombianos que sean escritores "de creación"). Pero esa parcialidad es la excepción: todo lo demás del conjunto luce un esmero admirable que atestigua un esfuerzo unánime por llevar la crítica de la literatura colombiana a un nivel mundial. Especialmente dicientes al respecto son la inclusión de estudios de las ciencias sociales con los de las humanidades, la dedicación de una sección entera a la cultura popular, y el hecho de que el estudio de las escritoras colombianas se integra en la estructura como elemento *bona fide*, sin condescendencia. En ese sentido el libro sirve de acompañante a otra fuerte antología reciente, más estrechamente definida pero no menos clara en su propósito, *La novela colombiana ante la crítica, 1975-1990*, coordinada y recopilada por Luz Mery Giraldo (Cali: Editorial Facultad de Humanidades y Centro Editorial Javeriano CEJA, 1994). Reconociendo que no hay una simple disyuntiva entre los términos en cuestión, el texto de

Kohut todavía se presenta como una respuesta digna y valerosa por parte de las fuerzas de la imaginación frente a la barbarie sociocultural reinante.



Armando Romero *Un día entre las cruces*

Santafé de Bogotá: Tercer Mundo
Editores, 1993, 184 pp.

Juan Carlos Galeano
Florida State University

A quienes hemos leído o estudiado la literatura de "la violencia", la novela de Romero nos llega como una ola refrescante. En sus páginas, nos adentramos en la vida política y artística de Colombia (desde fines de los años 40 hasta principios de los 70) y sentimos el encuentro de la poesía y la historia. Su autor se aparta de la manipulación del sentimentalismo, producto de la inmediatez de los hechos, y el compromiso político que malograron la mayoría de las narraciones que tratan esta época. La amplia proyección vivencial de los personajes de la obra hace que ésta no se deje enmarcar dentro del rótulo "novela de la violencia" en Colombia. Se sabe que de toda la producción artística que dejó esa época vergonzosa, no se salvan más de dos o tres novelas, unos pocos cuentos y un puñado de poemas.

La novela es un tríptico sobre los años de aprendizaje durante "la violencia" y después de ésta. En la primera parte del texto de Romero, quien dio sus primeros pasos literarios en el movimiento poético nadaísta, se recrea la niñez de Elipsio en un hogar de la clase media baja. La visión poética del niño nos enseña el universo de "adentro" y de "afuera": las discordias del mundo de los mayores. "La violencia" entre los miembros del partido liberal y conservador, que aniquiló a muchos colombianos, halla su paradigma en la guerra que libran las hormigas "picorrojo" con "las correlonas" en el patio de su casa. Este conflicto fratricida aparece en el *collage* de la vida del país representado en las diversiones infantiles de Elipsio

cuyo tren de juguete ya no viaja por una "suave patria", sino por una tierra ensangrentada. Pero el mundo infantil sobrevive a la guerra por la gracia de la poesía. En su imaginación, la presencia obsesiva del mar va y viene como una promesa. El saber que el uno habrá de terminar en el mar que es el todo, es la carta que lo prepara para la muerte y le permite aceptar los riesgos de la vida.

En la segunda parte, el niño se ha hecho un joven y vive recorriendo mundos, conociendo el amor que barruntó en la infancia; canta para no llorar al tener que vivir en un país asolado por la corrupción de sus instituciones. Se ha dado cuenta del engaño de los partidos políticos y decide ingresar a las filas de un movimiento poético y cultural que no "le come cuento" a ningún sistema, ni de derechas ni de izquierda. Más bien prefiere comprometerse con la libertad total de los seres humanos. No hay necesidad de nombrar los oficiantes, y los lectores saben que Elipsio está viviendo la fascinación por la bandera de libertad poética en las palabras y en la acción que promueve el nadaísmo. En la novela, los seguidores de este movimiento se denominan "los camisas rojas". En una república esperpéntica, los nadaístas, antes que unirse a las iglesias del marxismo, prefieren ir al encuentro de aquella máquina de coser y un paraguas, con fuertes matices vernáculos, que se dio en Colombia después de "la violencia". Más vale tarde que nunca. Pero los recuerdos y obsesiones que dejó la guerra civil, son una presencia ineludible que afecta a todos los colombianos que tratan de encontrar un lugar en la vida. En la última parte de la obra, algunos se encaminan por nuevas sendas de violencia: el mundo del narcotráfico y la guerrilla política. Otros, como Elipsio, para evitar ser descuajados por el caos, optan por agarrarse al árbol de la poesía.

El lector le agradece a Romero el gozo lúdico, por las palabras, desplegado en su texto; el lenguaje fluido lleno de alusiones literarias; y a la cultura artística del siglo XX, que se sugiere como el alimento de consumo de la juventud latinoamericana que halla su fuente de ilusión en el arte, una de las puertas de escape a la era de horrores y de pobreza que dejaron las dictaduras en Latinoamérica. Disfrutamos de lo mejor que nos reserva su intertextualidad poética doble: aquella de las buenas lecturas de las corrientes de vanguardia y la de la propia obra poética del autor. Pero la poesía que mejor salva a los personajes de la novela es la de

la vida, y ésta es la catarsis que nos ofrece *Un día entre las cruces*.

La visión de la muerte, que ha signado el destino de Elipsio desde su niñez, abriéndole las puertas a vivir plenamente, es, en toda su dimensión existencial, el mejor contagio de esperanza que permanece en nosotros después de la lectura.

Juan Gustavo Cobo Borda *El coloquio americano*

Medellín: Editorial Universidad de Antioquia, 1994

José Quiroga
The George Washington University

¿De qué manera pudo el lector trazar una red visible cuando los hilos de esa misma red son invisibles aun para su propio autor? Un poema navega por diferentes aguas: describe —o sería mejor decir escribe— un instante, ese instante surge en la página, de la página original se traslada a otra (revista, periódico) para ser recogido luego por varias manos (antólogo, poeta) en una colección que muestre su doble tensión: anhelo centrífugo (fragmentos a su imán, poesía vertical) o posibilidad de nuevas dispersiones (antologías, cosechas, selecciones). Si hay que decir que la poesía en el mundo moderno se ha tenido que ajustar al concepto libro (portada, volumen, contraportada) también hay que señalar que ella también se resiste a esa forma a la cual ha sido condenada por la modernidad: cada lector posee, a lo sumo, un verso memorable de Neruda o de Borges, recita un poema afroantillano de Palés Matos o precisa una imagen legada de Gabriela Mistral o Nestor Perlongher. En poesía, vale más el chispazo que el cielo, aunque el poeta que reúne esos instantes haga visible cierta ligazón de un poema con otro, una red en ocasiones tenue, fragmentaria: una idea, o las articulaciones prismáticas de una idea. En poesía, la obra siempre da la impresión de ser una obra suelta, de buscar algo que la complete: en el "Canto general" un episodio busca otro episodio para lograr la única épica posible hoy en día: fragmentos, huellas de tiempos